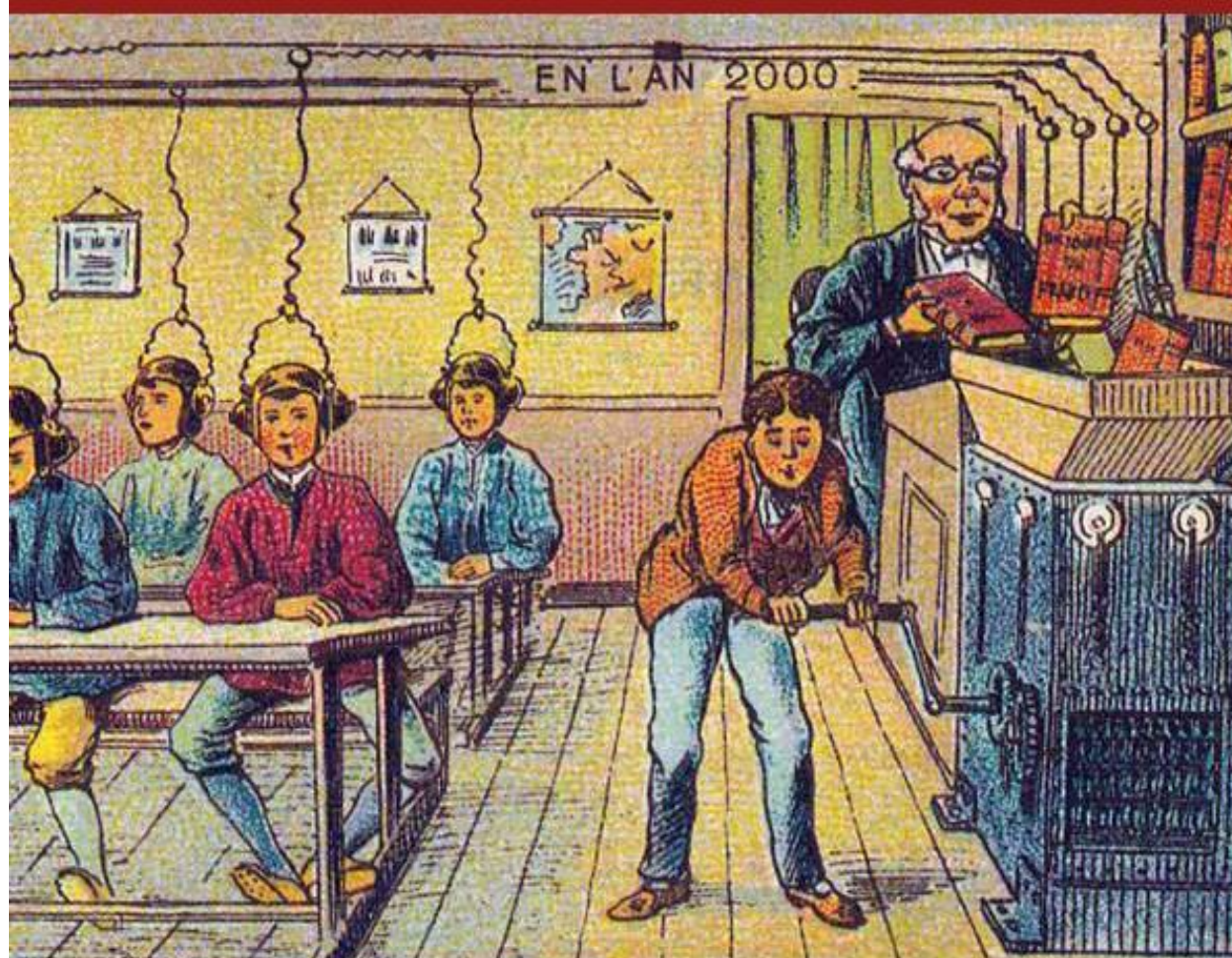


Asociación de Historia Contemporánea  
Actas del XIV Congreso

*DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES*  
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)  
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

*Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)*

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

# LA GUERRA CIVIL Y EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO LIDERAZGO POLÍTICO EN EL LÍBANO

Javier Lion Bustillo

(Universidad Complutense de Madrid/Universidad Pontificia de Comillas-ICADE)

## Introducción

El sistema político de la I República libanesa se caracterizó por una enorme estabilidad en su liderazgo. De hecho, la clase dirigente que se configuró ya en tiempos del Mandato francés pasó a dominar por completo las instituciones a partir del acceso a la independencia (1946). Esta clase, que recibió la denominación de «*zuama*» surgió de un número reducido de familias, convirtiéndose en casi «hereditario» el liderazgo de sus respectivos partidos, configurándose auténticas dinastías políticas. Al mismo tiempo, el carácter confesional y consociacional del modelo político libanés supuso que estos líderes se alzaran como representantes de sus respectivas comunidades religiosas<sup>5791</sup>. Si tenemos en cuenta que detentaban además un importante poder económico y que muchas actividades de asistencia social corrían en el Líbano a cargo de instituciones privadas bajo su control, estos líderes políticos forjaron fuertes redes clientelistas en las que la prestación de servicios sociales quedaba ligada a la lealtad hacia los *zuama*<sup>5792</sup>.

Sin embargo, la guerra civil que asoló el país (1975-1990) sacudió los cimientos del sistema político y económico. De hecho, el mismo quedó dividido en pequeños cantones en manos de distintas milicias, muchas de las cuales estaban vinculadas a los partidos políticos tradicionales y, por lo tanto, a los *zuama*. Pero al mismo tiempo surgieron otros grupos armados cuyo liderazgo correspondía a sectores tradicionalmente alejados de la élite política y económica. Igualmente, la intervención militar en territorio libanés a cargo de Israel y Siria afectó al equilibrio de fuerzas entre los líderes libaneses. En estas circunstancias, los *zuama* tuvieron serias dificultades para resistir el empuje de los nuevos líderes.

Con los Acuerdos de Paz de Taif (1989) y el inicio de la hegemonía siria, la II República se caracterizó por una férrea competición por el liderazgo político, la cual se hizo aún más dura a partir de 2005, cuando las tropas de Bashar Al Asad abandonaron el país. En ese momento se pusieron en cuestión los cimientos de los Acuerdos de Taif, existiendo la posibilidad de que se retornara al liderazgo de los *zuama* tradicionales. Sin embargo, los líderes surgidos de la guerra civil han sido capaces de consolidar su poder en esta etapa de paz.

El objetivo de este trabajo consiste en evaluar qué factores existentes en la guerra civil libanesa produjeron el surgimiento de una élite política alternativa y qué características de la II República han conducido en los últimos años a un reforzamiento de ese liderazgo surgido de la guerra. Su estructura es la siguiente: primero, se expondrán algunas teorías clásicas que hacen referencia al

---

<sup>5791</sup> Sobre el concepto de consociacionalismo, véase Arendt LIJPHART: «Typologies of Democratic Systems», *Comparative Political Studies*, 1 (1968), pp. 3-44.

<sup>5792</sup> Los *zuama* serían líderes que mezclaban un poder político y económico, el cual pasaba de padres a hijos. Véase Franck MERMIER y Sabrina MERVIN: «Introduction. Une approche anthropologique du leadership au Liban», en Franck MERMIER y Sabrina MERVIN (Comps.): *Leaders et partisans au Liban*, París, Karthala-IFPO-IISMM, 2012, pp. 10-11.

cambio en el liderazgo político y a las circunstancias que pueden favorecerlo; segundo, se describirán las características del liderazgo político durante la I República libanesa; a continuación, se analizarán las circunstancias de la guerra civil y su impacto en el surgimiento de un nuevo liderazgo político; posteriormente, se abordará la pugna en los últimos años entre los líderes tradicionales y los surgidos de la guerra civil, explicando el predominio de los segundos; finalmente, se extraerán algunas conclusiones.

### **Tipos de liderazgo político y circulación de élites**

Son bien conocidas las teorías clásicas sobre el liderazgo político en los regímenes pluralistas, que han destacado bien la importancia del liderazgo carismático para concitar un elevado grado de legitimidad popular con la que ejercer sus funciones (Weber), bien la relevancia de contar con una base elitista especulativa capaz de negociar con el líder las condiciones de su apoyo mutuo en función de los intereses particulares de ambas partes (Pareto).

Max Weber sintió una honda preocupación ante la evidencia de unos sistemas parlamentarios proclives a la negociación y compromiso en torno a intereses particulares, olvidando la existencia de un interés común que debía ser defendido. El resultado serían sistemas parlamentarios carentes de un liderazgo político fuerte, constituidos en la forma de gobierno prevalente en las democracias europeas. Sin embargo, esa propia estrechez de miras centrada en los propios intereses conduciría a situaciones de crisis y excepcionalidad, momentos especiales en los cuales sería posible el surgimiento de un tipo diferente de liderazgo político<sup>5793</sup>.

Por su parte, Vilfredo Pareto consideró que la dominación de las élites era un hecho inevitable. Sin embargo, ello no implicaba que una determinada élite tuviera garantizado un dominio indefinido. Por el contrario, existiría una circulación de élites, ya que las propias características de ese liderazgo, incluyendo sus disfunciones, llevarían dentro de sí la inevitabilidad de su declive. Pareto distingue dos tipos de liderazgo político. Por un lado, existiría un liderazgo de «combinación», protagonizado por los llamados «zorros», el cual implicaría una elevada predisposición a la negociación y al compromiso, utilizando mecanismos como la cooptación o la manipulación. Este tipo de liderazgo poseería un carácter muy descentralizado, evitando la concentración de poder en las mismas manos. Así, los líderes políticos deberían desarrollar continuos compromisos con las élites sociales con vistas a lograr o conservar el respaldo de éstas, lo que identificarían como garantía de su continuidad en el poder. En estas negociaciones, los intereses privados prevalecerían sobre los públicos, de tal forma que el Estado sería incapaz de alcanzar la necesaria autonomía frente a la sociedad civil, lo que a la larga redundaría en un perjuicio para el bienestar común. En definitiva, esta disfunción precipitaría una crisis en la que las fuerzas centrífugas amenazarían la continuidad del sistema, conduciendo al debilitamiento y reemplazo del liderazgo político. Pareto calificó a este tipo de regímenes como «plutocracias demagógicas», las cuales estarían caracterizadas porque un gobierno de ricos estaría oculto tras una apariencia exterior democrática<sup>5794</sup>.

---

<sup>5793</sup> Max WEBER: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1973.

<sup>5794</sup> Vilfredo PARETO: *The Mind and Society*, Nueva York, Dover, 1961. Richard BELLAMY: «The Advent of the Masses and the Making of the Modern Theory of Democracy», en Terence BALL y Richard BELLAMY (eds.): *The*

El segundo tipo de liderazgo político sería el de los denominados «leones», caracterizados por una elevada concentración de poder en sus manos y que surgirían como una respuesta a las tendencias centrífugas del sistema. Estos líderes, a los que podemos calificar de «hombres fuertes», tratarían de alcanzar un mayor grado de autonomía frente a la sociedad civil, lo que les permitiría no tener que negociar en la misma medida sus decisiones. Emplearían elementos como la simbología, la propaganda, los recursos identitarios, etc., con el fin de consolidar un elevado respaldo de las masas. Al propio tiempo, los «leones» serían proclives al uso de la coerción con el fin de garantizar la obediencia a sus decisiones. Sin embargo, esa tendencia a alejarse de la sociedad civil provocaría igualmente reacciones críticas, que demandarían un poder menos concentrado. Esto generaría a su vez una nueva crisis, que desembocaría en un nuevo liderazgo en manos de los «zorros». Esa circulación de élites podría tomar dos formas diferentes: una posibilidad consistiría en que la élite ya existente fuera asimilando nuevos elementos externos, propiciando así un cambio progresivo; la segunda opción sería un cambio radical o revolucionario que implicaría el rápido establecimiento de una nueva élite<sup>5795</sup>.

La teoría de la modernización ha tratado de explicar que la evolución socioeconómica de un país puede conducir a éste a una crisis política, dado que sus instituciones pueden tener problemas a la hora de adaptarse a los cambios acaecidos. En otras palabras, en tales circunstancias se puede experimentar un deterioro progresivo del sistema político ya que el mismo tiende a mantenerse estático, ignorando las transformaciones necesarias. El resultado puede ser la emergencia de nuevas fuerzas políticas que poseen unas características diferentes de las tradicionales, a las que habitualmente denominamos populistas. Estas fuerzas se articulan en torno a líderes altamente carismáticos que suelen criticar a las élites políticas tradicionales y que, frente a los intereses fraccionados de éstas, ofrecen una unidad nacional basada en la cooperación entre clases y una economía de carácter mixto, en la que el Estado deberá jugar un papel de dinamizador de la modernización nacional. Los populismos tienden a desinteresarse de las instituciones tradicionales (a las que normalmente acusan de no representar la voluntad popular), priorizando un vínculo directo entre líder y pueblo. Por tanto, el populismo sería una respuesta típica de sociedades en tránsito hacia la modernidad, pero cuyo aparato institucional sigue anclado en el modelo oligárquico tradicional. Los cambios socioeconómicos propiciarían el surgimiento de unos ciudadanos que se han desprendido de sus vínculos tradicionales, pero que no perciben los beneficios de la modernización, lo que les coloca en una posición crítica con respecto a las autoridades. Éstas fomentarían mecanismos de participación e integración de esos ciudadanos, lo que les permitiría incrementar su influencia política frente a los obstáculos de las instituciones existentes en el pasado, que dificultaban la apertura del sistema político<sup>5796</sup>.

En el caso libanés, su sistema político se encuadró habitualmente dentro del denominado modelo consociacional, de acuerdo con el cual existiría un sistema de cuotas para las distintas confesiones a la hora de ocupar las distintas magistraturas del Estado o los altos puestos de la Administración Pública. Al tratarse de un país de minorías que poseía una cultura política fuertemente fragmentada, el recurso consociacional implicaría gobiernos que no se basaban en una mayoría parlamentaria, sino en un cartel de políticos que controlaban a sus respectivas comunidades religiosas, y que eran capaces de consensuar las principales decisiones. Eso no

---

*Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 89-90.

<sup>5795</sup> *Ibid.*

<sup>5796</sup> Gino GERMANI: *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1965.

implicaba que la influencia de los políticos de cada comunidad fuera equilibrada, ya que la acumulación de poder en manos de los dirigentes cristianos maronitas fue muy destacada, pero en cualquier caso esos políticos debían entenderse con los líderes de otras comunidades y alcanzar un equilibrio de intereses<sup>5797</sup>.

Algunos autores han subrayado el carácter inmovilista y oligárquico de la I República, siendo incapaz de llevar a cabo reformas significativas en un entorno tremendamente complejo tanto a escala nacional como del Oriente Medio en su conjunto. Según esta visión, la consecuencia de esta rigidez ante el cambio habría sido la guerra civil. Por su parte, otros autores sostienen que dicha guerra se debió a la acción de los actores extranjeros (la OLP, Siria, Israel...), no recayendo la responsabilidad en el liderazgo político libanés<sup>5798</sup>. Sin embargo, tras los Acuerdos de Taif (1989) y el final de la guerra civil, el equilibrio de poder entre los líderes políticos libaneses cambió de forma radical. De hecho, los antiguos *zuama* pasaron a tener un papel mucho más secundario, mientras que el principal protagonismo correspondió a los dirigentes de las distintas milicias y grupos armados. Éstos encajaban mucho mejor con el modelo de político populista, que trataba de colocarse a sí mismo no como representante del conjunto de los ciudadanos, sino de su propia comunidad confesional<sup>5799</sup>.

## El sistema político de la I República libanesa

El territorio del Líbano moderno se ha caracterizado en los últimos dos siglos por albergar a un amplio número de minorías confesionales, sin que ninguna de ellas haya poseído nunca una mayoría demográfica. Durante el Imperio otomano, el liderazgo político tradicional en el territorio del actual Líbano estuvo en manos de una élite vinculada al Sultán, caracterizada por su variada procedencia geográfica y por su pertenencia a la comunidad suní. Pero en el siglo XVIII la familia cristiana maronita de los Chehab recibió el reconocimiento del emirato del Monte Líbano, tratando además de extender su control sobre otras zonas limítrofes<sup>5800</sup>.

Las autoridades políticas interactuaban con una élite social muy diversa. Mientras en las ciudades costeras (Beirut, Sidón, Trípoli) predominaba una clase alta compuesta por comerciantes suníes y cristianos (preferentemente griegos ortodoxos o católicos), el Monte Líbano presentaba un esquema social muy distinto, dominado por una élite terrateniente drusa o maronita. Por su parte, en el Sur y en el Valle de la Bekaa predominaban los terratenientes chiíes dentro de un sistema social de carácter tradicional<sup>5801</sup>. Estas élites locales estaban dotadas de un importante poder económico y político, ya que tenían la capacidad de recaudar impuestos para el Sultán, así como la de aportar reclutas para el Ejército.

---

<sup>5797</sup> Imad SALAMEY: «Failing Consociationalism in Lebanon and Integrative Options», *International Journal of Peace Studies*, 14 (2009), pp. 85-86.

<sup>5798</sup> Michael HUDSON: *The Precarious Republic. Modernization in Lebanon*, Boulder, Westview Press, 1985, pp. xv-xvi. Javier LION BUSTILLO: «Líbano 1975-1990: ¿teatro de confrontación internacional o fuente de inestabilidad regional?», *Revista de Paz y Conflictos*, 5 (2012), pp. 66-92.

<sup>5799</sup> Theodor HANF: *Coexistence in Wartime Lebanon*, Londres, I.B. Tauris, 1993, pp. 323-360.

<sup>5800</sup> Fawwaz TRABOULSI: *A History of Modern Lebanon*, Londres, Pluto Press, 2007, pp. 3-15.

<sup>5801</sup> Tamara CHALABI: *The Shiis of JabalAmil and the New Lebanon*, Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2006, pp. 22-23.

Una importante característica de la región libanesa ya desde el siglo XVII fue la tendencia de las élites locales a crear vínculos estrechos con las potencias europeas como contrapeso frente al poder ejercido desde Estambul. La crisis de 1860, con las matanzas de cristianos maronitas en Monte Líbano, permitió una decidida intervención europea, que impuso al Sultán el régimen de la *Mutasarrifiya* o gobierno autónomo de Monte Líbano, el cual quedó repartido entre las élites de las distintas confesiones presentes en el área, inaugurando la tendencia libanesa a desarrollar modelos de reparto de poder. Según Ussama Makdisi, el confesionalismo sería el resultado del doble impacto sobre la sociedad del Monte Líbano de un proceso de modernizador otomano y de la influencia de las potencias exteriores<sup>5802</sup>.

Desde finales del siglo XIX, la huella del nacionalismo fue notable en la política de la zona. Una parte importante de la élite cristiana maronita abrazó la doctrina del «libanismo», de acuerdo con la cual el Líbano debía lograr un Estado independiente bajo hegemonía cristiana, única garantía de supervivencia del carácter plural de la sociedad libanesa frente a un entorno musulmán. Por su parte, entre los grupos musulmanes predominó un nacionalismo panárabe, que ponía el énfasis en crear un Estado unitario árabe al margen del poder otomano. Las terribles condiciones de vida de los civiles durante la I Guerra Mundial reforzaron el rechazo al orden otomano<sup>5803</sup>.

Los mandatos franceses en Siria y Líbano supusieron un impulso decisivo para la consolidación de una nueva élite política. La acción francesa se basó en el principio de «divide y vencerás», de tal manera que en lugar de fomentar la formación de partidos de carácter nacional, lo que se hizo fue buscar una fragmentación del territorio (de ahí la decisión de crear dos Mandatos separados o la de dividir el Mandato sirio) y de la población, estableciendo una negociación con las distintas comunidades confesionales. De este modo, se profundizaba en el principio de la confesionalización de la política, lo que se plasmó en la composición de un Consejo Representativo libanés, con funciones consultivas. A su vez, la decisión de que el Mandato libanés englobara territorios donde la mayoría de la población era musulmana (proyecto del «Gran Líbano») implicaba que la mayoría demográfica maronita dejaría de existir<sup>5804</sup>.

La administración francesa del Mandato se basó en un sistema muy centralizado, en el que el Alto Comisionado poseía un enorme poder, ayudado por un gran aparato militar y administrativo. Su acción de gobierno claramente favoreció los intereses de los cristianos maronitas, otorgándoles las principales funciones administrativas, mientras que los musulmanes suníes rechazaban la idea de un Líbano independiente de Siria, lo que les dejaba al margen del sistema. Además, los franceses también estimularon la entrada de personas procedentes de otras minorías musulmanas y de origen rural (drusos, alauíes) dentro del Ejército, como sistema para debilitar la posición de los notables suníes<sup>5805</sup>. Sin embargo, el Mandato también contribuyó a extender el imperio de la ley y el principio de igualdad de derechos, lo que fue reconocido por la Constitución de 1926, que establecía formalmente un régimen de carácter democrático, dando paso a la elección de un Parlamento con poderes reducidos. Aunque parecía que el camino estaba abierto para la independencia, a finales de los Años 30 Francia optó por disolver las instituciones representativas y declarar la ley marcial, decisión vinculada a las tensiones internacionales que dieron paso a la II

---

<sup>5802</sup> Ussama MAKDISI: *The Culture of Sectarianism. Community, History, and Violence in Nineteenth Century Ottoman Lebanon*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 2-7.

<sup>5803</sup> Asher KAUFMAN: *Reviving Phoenicia. In Search of Identity in Lebanon*, Londres, I.B. Tauris, 2005. Kamal SALIBI: *A House of Many Mansions. The History of Lebanon Reconsidered*, Londres, I.B. Tauris, 2002.

<sup>5804</sup> Mientras los cristianos eran mayoría en el Monte Líbano, tanto en las ciudades costeras como en el Sur y en la Bekaa la mayoría de la población era musulmana.

<sup>5805</sup> Caroline ATTIE: *Struggle in the Levant: Lebanon in the 1950s*, Londres, I.B. Tauris, 2004, pp. 12-16.

Guerra Mundial. En un ambiente de descontento interno por esta evolución, las élites maronita y suní fueron capaces de negociar el denominado «Pacto Nacional» (con apoyo británico, potencia ocupante *de facto* tras la conquista del territorio en 1941), un acuerdo no escrito que garantizaba una interpretación confesional y consociacional de la Constitución de 1926<sup>5806</sup>.

Sin embargo, las élites libanesas experimentaron ya una división importante con respecto a la interpretación del Pacto Nacional. Para líderes como Bishara Al Khoury y Riad Al Solh, el acuerdo implicaba un Líbano completamente independiente y soberano que tendría una política exterior alineada con los países árabes, mientras que su rival Émile Eddé consideraba que había que preservar una «relación especial» con Francia. En definitiva, se volvía a poner en evidencia la antigua tradición libanesa según la cual los líderes nacionales tendían a alinearse con actores extranjeros con vistas a garantizar su poder interior. Con el acceso al poder de Khoury y Solh tras la independencia, el Líbano se desprendió de la tutela francesa, pero en este caso, tanto el Reino Unido como Estados Unidos pasaron a ser los principales socios en la esfera internacional<sup>5807</sup>.

El nuevo Líbano independiente asistió rápidamente a la consolidación de una clase política estrechamente vinculada con el poder económico. Según el Pacto Nacional, muchas de las magistraturas más importantes del país debían quedar en manos maronitas (la Presidencia, la Jefatura de las Fuerzas Armadas), asegurando la hegemonía de esta comunidad. De hecho, fue un número reducido de familias de esta confesión el que mantuvo este control institucional, estando sus miembros estrechamente vinculados a las élites financieras, comerciales y terratenientes. Estas élites fueron capaces de construir importantes redes clientelistas a partir de su propia comunidad religiosa, de manera que el sistema social confesional heredado del Imperio otomano pasó a constituir la base a partir de la cual estos líderes creaban su base política. El carácter confesional del sistema garantizaba a todos los grupos una cierta representación, pero el hecho de que todos los ciudadanos votaran a sus representantes al margen de su pertenencia confesional hacía que éstos dependieran para ser elegidos no sólo de su base clientelar, sino también de los complicados juegos de alianzas interconfesionales, que a menudo diferían en cada circunscripción electoral<sup>5808</sup>.

Así, la competencia electoral entre los maronitas se centró en la lucha entre Bishara Al Khoury, que representaba los intereses de comerciales y financieros cristianos, frente a Émile Eddé, más vinculado a la tradicional burguesía maronita<sup>5809</sup>. Entre los suníes, la familia Sohl (respaldada por los terratenientes meridionales), pugnaba con los Salam (apoyados por los comerciantes beirutíes) y con los Karamé (representantes de la burguesía de Trípoli). Los chiíes dividían su apoyo entre los Asad (terratenedientes del Sur) y algunos grandes propietarios de la Bekaa. Por su parte, los drusos eran encabezados por dos familias de la nobleza tradicional fuertemente enfrentadas, los Jumblatt y los Arslan. Los distintos partidos presentaban las características de partidos de notables, dominados por unas pocas familias, existiendo la tendencia a que el liderazgo político se convirtiera en un fenómeno hereditario. Estos líderes pasaron a recibir la denominación de *zuama*, caracterizándose por la fortaleza de su clientela política, por sus grandes respaldos socioeconómicos y por la práctica extendida de la compra de votos. Las redes clientelistas se veían

---

<sup>5806</sup> El Pacto Nacional fue favorecido porque tras la rendición francesa en 1940, las autoridades del Mandato del Líbano apoyaron al régimen de Vichy. Los británicos conquistaron el territorio en 1941 y prometieron a los partidos libaneses su apoyo a la independencia una vez terminado el conflicto, a cambio de lo cual lograron la colaboración de éstos. *Ibid.*, pp. 18-20.

<sup>5807</sup> Fawwaz TRABOULSI: *A History of Modern Lebanon*, Londres, Pluto Press, 2012, pp. 110-138.

<sup>5808</sup> Michael HUDSON: *The Precarious Republic...*, pp. 18-34.

<sup>5809</sup> Por ejemplo, Bishara Al Khoury estaba emparentado con las familias Pharaon y Chiha, propietarias del Banco Pharaon-Chiha, recibiendo un fuerte respaldo económico.



cohesionadas por la ausencia de unas políticas sociales ambiciosas por parte del sector público (lo que obligaba a los ciudadanos a depender para la consecución de importantes servicios de la iniciativa privada, controlada por los *zuama*) y porque parte del propio sector público quedaba colonizado por la acción de esos mismos *zuama*, quienes repartían empleos y beneficios sociales entre sus partidarios y votantes<sup>5810</sup>. El hecho de que no existiera un modelo oficial de papeleta electoral favorecía el control del voto, especialmente en el medio rural. Asimismo, cuando un miembro del Parlamento moría, era una práctica habitual el que un familiar suyo compitiera en la subsiguiente elección parcial para sustituirlo, logrando normalmente el triunfo sin apenas oposición. Igualmente, un número apreciable de miembros del Parlamento eran elegidos en la única lista presentada, evidenciando que el modelo político poseía ciertos caracteres oligárquicos.

Durante los Años 50, algunas zonas del Líbano (especialmente Beirut) experimentaron un rápido proceso de modernización económica y social, convirtiéndose en un gran centro turístico, comercial y bancario. Por su parte, las otras regiones siguieron ancladas en una economía tradicional. El éxodo migratorio hacia la capital alcanzó grandes proporciones, socavando los tradicionales vínculos familiares y comunitarios. En este contexto, el Estado libanés mantuvo su característica debilidad institucional, siendo incapaz de articular unas políticas públicas que permitieran hacer frente a los nuevos problemas sociales. Esto generó un importante malestar, especialmente entre la población musulmana, que de manera creciente se implicó en la actividad política y comenzó a respaldar a opciones nacionalistas árabes o izquierdistas. Estos grupos cuestionaron abiertamente el Pacto Nacional de 1943, pero su liderazgo fue asumido por los tradicionales *zuama*, que se fueron acercando a dichas reivindicaciones. Así, líderes como el druso Kamal Jumblatt o los suníes Rashid Karamé y Saib Salam adquirieron un gran protagonismo en su lucha contra el Presidente Camille Chamoun, representante del tradicional modelo de Estado con políticas públicas poco ambiciosas y con escasa capacidad redistributiva. Por otra parte, los *zuama* experimentaron crecientes dificultades para seguir controlando a la sociedad, surgiendo algunos nuevos líderes que trataban de aprovechar los cambios sociales para movilizar a las masas hacia plataformas políticas de carácter populista, criticando a la élite tradicional por su escaso compromiso con el bienestar de los ciudadanos de clase media y baja. Algunos de ellos crearon también entre sus partidarios unidades paramilitares con el fin de emplearlas en el creciente clima de enfrentamiento político existente en el país. Entre los maronitas, la Falange de Pierre Gemayel pasó a convertirse en la alternativa a los *zuama*, mientras que grupos interconfesionales como el Partido Social Nacional Sirio o el Partido Comunista cobraron mayor relevancia<sup>5811</sup>.

La crisis de 1958, con el enfrentamiento entre el Presidente Chamoun (decidido a lograr su reelección) y quienes se oponían a éste demostró que las pugnas entre *zuama* podían desembocar en episodios de violencia. De hecho, la resolución de la crisis puso en cuestión a la clase política tradicional, ya que norteamericanos y egipcios lograron un acuerdo para situar en la Presidencia al anterior Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, el general Fouad Chehab. Este recurso a utilizar a un militar como figura de consenso en momentos de gran división interna sentó un precedente repetido con posterioridad, al tiempo que ponía nuevamente en evidencia el papel decisivo de las potencias extranjeras en la resolución de los conflictos libaneses. Chehab trató de crear un Estado más fuerte e inclusivo, para lo que fortaleció las políticas públicas (educación, seguridad social) y aumentó considerablemente el tamaño de la Administración, debilitando así el

---

<sup>5810</sup> Michael JOHNSON: *Class and Client in Beirut: The Sunni Muslim Community and the Lebanese State, 1840-1985*, Londres, Ithaca Press, 1986.

<sup>5811</sup> Michael HUDSON: *The Precarious Republic...*, pp. 6-10.

poder de los *zuama* sobre su clientela política. Además, reguló el sistema bancario y debilitó el control de la oligarquía sobre los monopolios económicos. Pero su proyecto no logró demasiados avances ante la fuerte oposición existente al mismo, encabezada por algunos de los principales *zuama* del país, tales como los maronitas Camille Chamoun y Raymond Eddé y el suní Saib Salam<sup>5812</sup>.

Esta oposición logró poner fin al experimento chehabista a finales de los 60, coincidiendo con una profunda crisis del mundo árabe tras la derrota en la Guerra de los Seis Días. Pero el retorno al poder de los *zuama*, reflejado en la elección presidencial de Suleiman Franjeh en 1970, mostró muy pronto las dificultades del intento de reimplantar su control social en un entorno de profundo cambio. Los *zuama* se aferraban a la preservación de un sistema electoral en el que numerosos inmigrados a las ciudades debían seguir votando en sus localidades de origen, estando allí sometidos a las tradicionales lealtades confesionales y de clan. De este modo, el Parlamento había dejado de reflejar los intereses de numerosos habitantes del medio urbano que se mostraban cada vez más críticos con la élite política tradicional. En este entorno, las nuevas fuerzas políticas populistas alcanzaron una creciente influencia en esas zonas urbanas, mientras que los *zuama* usaban todos los medios para evitar ser desplazados de los puestos de decisión por los nuevos partidos, algo que en general lograron gracias a su control sobre la legislación electoral, pero el clima de contestación social evidenciaba la profundidad de la crisis<sup>5813</sup>.

A principios de los 70, tanto los *zuama* como los nuevos partidos se hallaban divididos en torno a cuestiones como: la futura interpretación del Pacto Nacional en un momento en el que los musulmanes constituían la mayoría de la población pero eran sólo una minoría en las instituciones; las reformas sociales a emprender; el lugar del Líbano en la crisis de Oriente Medio; el problema de los refugiados palestinos; y el papel de la OLP en suelo libanés. Ante la falta de acuerdo en estos temas, resultó mucho más difícil crear alianzas estables entre los *zuama*, con un espectro político cada vez más fraccionado y con unos actores foráneos más decididos a influir en el escenario libanés, lo que empujó a los líderes libaneses a buscar protectores extranjeros que reforzaran su posición. En este ambiente, los partidos tradicionales tendieron a crear milicias propias, si bien otras surgieron de los nuevos partidos impulsados por la crisis del sistema político y que recibían fondos de otros Estados<sup>5814</sup>.

### **El impacto de la guerra civil (1975-1990)**

Los *zuama* habían basado su poder social en unas circunstancias que en buena medida habían dejado de existir. La prosperidad económica de los Años 50 había sido olvidada, en un contexto en el que el Oriente Medio se hallaba sumido en un ciclo de guerra y destrucción. Los millonarios del Golfo ya no estaban dispuestos a llevar sus fondos a un país considerado como inseguro, resintiéndose también el sector turístico. Por su parte, la colaboración entre Washington y El Cairo

---

<sup>5812</sup> Caroline ATTIE: *Struggle in the Levant...*, pp. 210-224. Toufic K. GASPARD: *A Political Economy of Lebanon, 1948-2002*, Leiden, Brill, 2004, pp. 143-144.

<sup>5813</sup> En las elecciones legislativas de 1972, los *zuama* lograron para sus partidos unos buenos resultados. David Robert GILMOUR: *Lebanon: The Fractured Country*, Oxford, Martin Robertson and Co., 1983, pp. 42-46.

<sup>5814</sup> Samir KHALAF: *Civil and Uncivil Violence in Lebanon*, Nueva York, Columbia University Press, 2002, pp. 230-231.

ya no era la misma a la hora de ejercer su influencia para calmar la situación en el Líbano. Mientras tanto, Siria e Israel deseaban evitar un choque militar directo en la frontera del Golán, pero preferían desplazar al Líbano sus conflictos, ganando así profundidad estratégica, lo que determinó que ambos países apoyaran a distintas facciones libanesas, enviando recursos económicos, armamentos y asesores que debían reforzar la capacidad militar de sus aliados<sup>5815</sup>.

Con el estallido de la guerra civil en 1975, el país se fue fraccionando en dos bandos. El denominado Frente Libanés quedó claramente dominado por la familia Gemayel y su Falange, beneficiada por su posesión de unidades paramilitares y por el enorme peso de la ayuda israelí. Las autoridades de Tel Aviv vieron en Bashir Gemayel el líder que podía garantizar la creación de un Estado cristiano aliado de Israel en su frontera Norte, eliminando la presencia de la OLP en la zona. Por su parte, Gemayel consideraba que la alianza con Israel le permitiría beneficiarse de un gran apoyo militar, aspirando a una victoria a partir de la cual se convertiría en Presidente del Líbano. Sin embargo, el apoyo israelí a Gemayel no era total, ya que al mismo tiempo quería consolidar la llamada «zona de seguridad», una franja de territorio al Norte de la frontera ocupada por el excoronel Saad Haddad y sus seguidores que conformaban el llamado Ejército del Sur del Líbano, una milicia creada por Israel. De hecho, Israel estaría satisfecho con una partición del Líbano, siempre que la misma garantizara que la frontera entre ambos países quedara en manos de un estrecho aliado. Por el contrario, Gemayel aspiraba a presidir el conjunto del Líbano, por lo que era consciente de que tarde o temprano debería negociar con las facciones musulmanas<sup>5816</sup>.

Si inicialmente, cada partido cristiano contaba con su propia milicia, Gemayel utilizó luego todos los medios a su alcance para obligar a los otros actores cristianos a integrarse en su propia milicia, las Fuerzas Libanesas (FL). De hecho, este objetivo fue logrado mediante el recurso masivo a la fuerza, como puso en evidencia el asesinato de Tony Franjeh (dirigente de la milicia Marada e hijo del ex Presidente Suleiman Franjeh) y su familia. En otras palabras, los *zuama* tradicionales de la comunidad maronita estaban quedando claramente desplazados por la Falange, que aprovechaba su mayor capacidad de movilización. Pero dentro de la propia Falange, era la milicia de las Fuerzas Libanesas la que estaba asumiendo el verdadero liderazgo político, mientras que el todavía Presidente del partido, Pierre Gemayel, era incapaz de controlar las acciones de su hijo Bashir. El discurso político de Bashir Gemayel tomó un corte netamente populista, denunciando el escaso compromiso de la élite económica y política cristiana con la lucha (la mayoría de los políticos, banqueros y grandes comerciantes cristianos abandonaron el país, sobre todo en dirección a Francia), al tiempo que resaltaba las virtudes de las clases bajas en la defensa del llamado «Enclave cristiano», es decir, un espacio comprendido entre el Monte Líbano y Beirut, controlado por sus milicias<sup>5817</sup>.

Por su parte, entre los musulmanes no se logró el mismo grado de unidad de acción. Es cierto que, inicialmente, el líder druso Kamal Jumblatt fue capaz de articular una plataforma política y militar única, el Movimiento Nacional Libanés (MNL). Esta denominación englobaba una amalgama de partidos, tanto confesionales como laicos, opuestos a la hegemonía maronita y que fueron creando sus propias milicias. Aunque Jumblatt era un líder tradicional druso, fue capaz de construir una plataforma política que iba más allá de su propia comunidad religiosa, lo que se demostró en que alcanzara el liderazgo de su coalición a pesar del escaso peso demográfico druso

---

<sup>5815</sup> Tabita PETRAN: *The Struggle over Lebanon*, Nueva York, Monthly Review Press, 1987.

<sup>5816</sup> Kirsten SCHULZE: *Israel's Covert Diplomacy in Lebanon*, Palgrave Macmillan, 1998, pp. 113-136.

<sup>5817</sup> Marie-Christine AULAS: «The Socio-Ideological Development of the Maronite Community: The Emergence of the Phalange and the Lebanese Forces», *Arab Studies Quarterly*, 7 (1985), pp. 1-27.

en el Líbano contemporáneo. Su programa político mezclaba elementos que trataban de ser interconfesionales, tales como la democratización del país, el establecimiento de unas políticas sociales más ambiciosas o la adopción de una política exterior pro-palestina, aunque también aparecían demandas más específicas de la comunidad musulmana, tales como el fin del confesionalismo y del sistema de cuotas en las instituciones. Igualmente, manejó elementos populistas, como la tendencia a presentar la lucha como un enfrentamiento entre una élite privilegiada maronita y el pueblo libanés. Por último, Jumblatt colocó a la alianza con la OLP en el centro de su acción política, lo que le otorgaba una importante ventaja militar (dado el gran número de milicianos palestinos residentes en el país)<sup>5818</sup>.

Los *zuama* musulmanes quedaron claramente debilitados por el inicio de la guerra civil. Aunque varios de ellos se unieron a las filas del MNL, no fueron capaces de crear grandes milicias para intervenir de forma decisiva en los combates. Por el contrario, eran los nuevos partidos surgidos en los últimos años los que tuvieron más éxito en el reclutamiento de combatientes. Algunas milicias tenían un carácter interconfesional, como las del Partido Comunista y otros grupos de la izquierda, dentro de las cuales la base social predominante estaba constituida por chiíes emigrados a Beirut en las últimas décadas, mientras que el liderazgo estaba menudo en manos cristianas, especialmente en miembros de la comunidad griega ortodoxa. Muchos suníes se integraron también en milicias izquierdistas y, sobre todo, panarabistas o de la propia OLP, de modo que los *zuama* suníes apenas tuvieron influencia en el desarrollo de los combates. Su actividad se centró principalmente en negociar con las diferentes milicias, ejercer una labor de intermediación y mantener sus contactos con otros países árabes, los cuales adoptaban un creciente papel en la crisis libanesa<sup>5819</sup>.

Otro tanto cabe decir de los *zuama* chiíes, cuya influencia social había comenzado a declinar antes del conflicto, como puso en evidencia la presencia de un nuevo partido, Amal. El clérigo Musa Al Sadr fue capaz de crear una plataforma política populista a partir del llamado «Movimiento de los Desheredados», que más tarde desembocaría en la creación de Amal. Su programa político resaltaba la desigualdad entre libaneses y el escaso interés de los tradicionales terratenientes chiíes en el bienestar de la población, centrando su acción en el Líbano Meridional, donde las operaciones israelíes y la actividad de la OLP habían generado un importante descontento<sup>5820</sup>. Con el inicio de la guerra civil, Sadr optó por crear una milicia, la cual se benefició del creciente apoyo de Siria, alcanzando mucha mayor capacidad de combate. Sadr decidió integrar inicialmente su milicia en el MNL, si bien sus discrepancias con la OLP fueron notables. Con la desaparición de Sadr y la llegada al liderazgo de Nabih Berri se consolidó la tendencia entre la comunidad chií a cambiar sus liderazgos tradicionales por otros surgidos de las propias circunstancias bélicas<sup>5821</sup>.

Sin embargo, la unidad de Amal se resquebrajó a comienzos de los 80 en razón de algunos factores como: la influencia del Irán revolucionario y su deseo de romper su aislamiento apoyándose en las comunidades chiíes; el descontento de muchos chiíes ante el pasivo papel jugado por Amal tras la invasión israelí del Sur del país; o el enorme sufrimiento causado entre muchos chiíes de Beirut por las acciones de Israel y de sus aliados maronitas. La presencia de

---

<sup>5818</sup> Tabitha PETRAN: *Struggle over Lebanon*, Nueva York, Monthly Review Press, 1987.

<sup>5819</sup> Sune HAUGBOLLE: *War and Memory in Lebanon*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 52.

<sup>5820</sup> Rodger SHANAHAN: *Shia of Lebanon: Clans, Parties and Clerics*, Londres, I.B. Tauris, 2005, pp. 73-75.

<sup>5821</sup> Richard Augustus NORTON: *Amal and the Shia: The Struggle for the Soul of Lebanon*, Austin, University of Texas, 1987, pp. 54-60.

algunos guardias revolucionarios iraníes en el Valle de la Bekaa permitió la formación de una milicia eficaz y motivada que rechazó el liderazgo de Nabih Berri y que optó por crear un nuevo partido, Hezbollah, estrechamente ligado a Teherán y que adoptó un discurso cercano al populismo islamista, si bien originalmente careció de un liderazgo carismático, que sólo surgió a partir del asesinato de su primer líder, Hussein Musavi, por Israel y de su reemplazo por Hassan Nasrallah. Además de su ideología islamista, Hezbollah se distinguirá por una fuerte estructura interna, la cual le permitirá una rápida expansión social en distintas regiones del país, combinando su imagen de resistencia férrea frente a Israel con la de organización caritativa preocupada por su comunidad<sup>5822</sup>.

Si la guerra civil libanesa comenzó como un enfrentamiento entre la derecha maronita frente al Movimiento Nacional Libanés, lo cierto es que a lo largo del conflicto se dio una marcada tendencia a la fragmentación de los distintos bandos. Esto desembocó en la formación de distintos cantones controlados por las respectivas milicias, las cuales a su vez tendieron a confesionalizarse, ya que con la desaparición de las instituciones estatales, el único refugio que quedó para los ciudadanos fue el de la solidaridad confesional. Las milicias seculares se fueron debilitando tras su derrota de 1976 a cargo del Ejército sirio, con lo que el país quedó fragmentado territorialmente según la demografía confesional y según la influencia de cada milicia dentro de cada área. De hecho, si inicialmente los principales enfrentamientos tuvieron un carácter intercomunitario, a partir de mediados de los 80 derivaron hacia luchas intracomunitarias, en las que las diferentes milicias de una misma confesión competían por el control de una determinada zona<sup>5823</sup>.

Estos cantones confesionales se convirtieron en auténticos mini-Estados, en los que una milicia poseía el monopolio de la violencia, ejerciendo las funciones tradicionales de una administración pública, tales como la recaudación de impuestos y la prestación de servicios. De hecho, se dio una marcada tendencia hacia la privatización de tales servicios. Por ello, no podemos hablar de un contexto de anarquía; al contrario, lo que tuvo lugar fue el reemplazo de las instituciones estatales por un poder ejercido mediante la fuerza, que mostraba un enorme control del territorio y la población<sup>5824</sup>.

Las tensiones entre las Fuerzas Libanesas y su partido de origen, la Falange, alcanzaron un punto de no retorno a mediados de los 80 con el nuevo liderazgo miliciano surgido tras el asesinato de Bashir Gemayel. Los nuevos dirigentes (encabezados por Samir Geagea) se mostraban cada vez más críticos con el Presidente Amin Gemayel, a quien consideraban un líder débil y proclive a pactar con Siria, al tiempo que se desentendía de los intereses de las clases medias y bajas maronitas. Todo esto desembocó en una ruptura entre ambos grupos y la transformación de las Fuerzas Libanesas en un partido independiente<sup>5825</sup>.

Por otra parte, el liderazgo maronita de las Fuerzas Armadas se convirtió igualmente en un polo de influencia política. Privado del respaldo de las FL, el Presidente Amin Gemayel tendió a apoyarse cada vez más en algunas unidades militares supervivientes de la desintegración del

---

<sup>5822</sup> Richard Augustus NORTON: *Hezbollah, a Short Story*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

<sup>5823</sup> Sune HAUGBOLLE: *War and Memory in Lebanon*, pp. 55-56.

<sup>5824</sup> Jürgen ENDRESS: «Economic Ambitions in War: Lebanese Militias as Entrepreneurs», Working Paper, Universidad de Lucerna (2000): [https://www.researchgate.net/profile/Juergen\\_Endres/publication/318745098\\_Economic\\_Ambitions\\_in\\_War\\_Lebanese\\_Militias\\_as\\_Entrepreneurs/links/597b18d00f7e9b0469ec6f19/Economic-Ambitions-in-War-Lebanese-Militias-as-Entrepreneurs.pdf?origin=publication\\_detail](https://www.researchgate.net/profile/Juergen_Endres/publication/318745098_Economic_Ambitions_in_War_Lebanese_Militias_as_Entrepreneurs/links/597b18d00f7e9b0469ec6f19/Economic-Ambitions-in-War-Lebanese-Militias-as-Entrepreneurs.pdf?origin=publication_detail).

<sup>5825</sup> Emma AUBIN-BOLTANSKI: «Samir Geagea: le guerrier, le martyr et le zaim», en Franck MERMIER y Sabrina MERVIN (comps.): *Leaders et partisans au Liban*, Paris, Karthala-IFPO-ISSM, 2012, pp. 65-66.

Ejército, bajo el liderazgo del general Michel Aoun. Éste cultivó una imagen de defensor del orden en el cantón maronita frente al caos que atribuía a la acción de las milicias. También hizo constantes apelaciones a la unidad nacional, demandando el apoyo de todo el pueblo libanés y pretendiendo situarse por encima del faccionalismo existente. Gemayel, al concluir su mandato, nombró a Aoun Primer Ministro (incumpliendo la Constitución y el Pacto Nacional), momento a partir del cual el general lanzó una ofensiva para acabar con las FL. Sin embargo, Geagea consiguió mantener su independencia mediante un pacto con Siria, lo que permitió la derrota de Aoun, momento que marcó el principio del fin de la guerra civil<sup>5826</sup>.

### **Los líderes políticos de la II República: cambio y continuidad**

El final de la guerra civil fue posible gracias a un cambio en las alianzas de Oriente Medio, ya que Washington decidió acercarse a Siria como medio para afianzar su hegemonía a nivel regional. La continuidad de la guerra libanesa constituía un obstáculo en ese camino que debía ser superado y el único actor que parecía capaz de ponerle fin era Siria. De ahí que Estados Unidos presionara a Tel Aviv para aceptar la hegemonía siria en la mayoría del Líbano (excepto la zona meridional, ocupada por Israel), lo que quedó plasmado en los Acuerdos de Taif (1989). Éstos se basaron en un pacto sirio-saudí (apoyado por Washington) que permitió el surgimiento de la II República mediante una reforma institucional que reemplazaba la anterior hegemonía maronita por un sistema de *troika* en el que se daría un equilibrio entre las tres grandes comunidades: maronitas, suníes y chiíes. No obstante, Taif no modificaba las características básicas del régimen libanés, conservando su carácter consociacional<sup>5827</sup>. Sin embargo, la verdadera diferencia con la I República estribaba en que, a partir de ese momento, el Presidente sirio Hafez Al Asad se convertiría en el auténtico árbitro de la política libanesa, ejerciendo un sutil juego de negociación en el que implicó según su conveniencia a antiguos *zuama* y a los nuevos señores de la guerra, enfrentados entre sí por lograr el favor de Damasco. Esta política de «divide y vencerás» veía como principal peligro a los dirigentes maronitas, por lo que Asad prescindió de sus principales exponentes, enviándolos al exilio o a prisión.

A partir de ese momento, Asad utilizó todo su poder (incluyendo sus servicios secretos, desplegados en el Líbano) para influir en los resultados electorales, tratando de minimizar los apoyos de aquellos partidos opuestos a su dominio, tendencia proseguida a su muerte por su hijo Bashar. Pero en 2005, el asesinato del ex Primer Ministro Rafik Hariri condujo a la llamada «Primavera del Cedro», una revuelta popular que logró la salida de las tropas sirias y que propició el retorno de los líderes exiliados, permitiendo que las elecciones se desarrollaran en un clima de libertad. De hecho, los resultados de las mismas colocaron en una posición destacada a los líderes populistas de cada comunidad. En el caso maronita, dos señores de la guerra como Aoun y Geagea se convirtieron en los dirigentes que competían por el apoyo de su comunidad, si bien las tradicionales familias de *zuama* (Gemayel, Chamoun, Franjieh) conservaron pequeños partidos

---

<sup>5826</sup> Philippe ABIRACHED: «Charisme, pouvoir et communauté politique: la figure de Michel Aoun», en Franck MERMIER y Sabrina MERVIN (Eds.): *Leaders et partisans au Liban*, París, Karthala-IFPO-IISMM, 2012, pp. 35-56.

<sup>5827</sup> Sobre las características del modelo consociacional tras Taif, véase Tamara FAKHOURY-MÜHLBACHER: *Democracy and Power-Sharing in Stormy Weather: The Case of Lebanon*, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2009.

con cierta presencia parlamentaria. Entre los chiíes, Hezbollah pasó a ser el grupo hegemónico, aunque en colaboración con Amal. Por parte drusa, el PSP de la familia Jumblatt continuaba conservando el apoyo mayoritario. Si la política libanesa parecía dominada por señores de la guerra, la principal excepción estaba en los suníes, donde la familia Hariri había construido un liderazgo basado en su enorme poder económico. Aquí se mezclaban rasgos populistas (una vinculación directa entre una familia y el pueblo) y otros propios de la política tradicional (un sistema clientelista similar al de los *zuama*)<sup>5828</sup>.

A pesar de que los Acuerdos de Taif estipularon el desarme de las milicias, estos nuevos líderes populistas han sabido también preservar una parte de su capacidad coercitiva, logrando conservar cierto número de combatientes bajo su control. El caso más llamativo es el de Hezbollah, ya que las autoridades sirias permitieron que mantuviera (y ampliara) su arsenal militar y su componente humano con el fin de que prosiguiera en su política de hostigamiento hacia las tropas israelíes establecidas en el Sur del Líbano. Incluso tras su retirada en el año 2000, Hezbollah preservó sus capacidades militares, justificándolas ahora mediante el recurso de presentarse como fuerza de disuasión del Líbano en ausencia de unas Fuerzas Armadas capacitadas para esa labor. Pero otros partidos han conservado igualmente parte de sus capacidades militares, como se pudo observar en los incidentes de mayo de 2008, cuando milicianos de Hezbollah, de Amal y del Partido Social Nacional Sirio se enfrentaron a otros del PSP y del Movimiento de Futuro. De hecho, cada partido libanés controla una milicia de varios centenares de combatientes, dotados de armamento ligero. Al mismo tiempo, hay que recordar que los numerosos cuerpos de seguridad e inteligencia existentes en el país están dominados por los respectivos partidos, pudiendo ser empleados para sus fines cuando resulte necesario. Y no conviene olvidar que también muchos mandos de las Fuerzas Armadas responden a lealtades partidistas<sup>5829</sup>.

Si los antiguos señores de la guerra se han convertido en la nueva clase política dirigente, además han sido capaces de crear auténticas dinastías al lograr que su sucesión se convirtiera en un asunto de familia, copiando las prácticas de los políticos libaneses tradicionales. Así, la dinastía Jumblatt se ha consolidado mediante el ascenso al liderazgo del hijo de Walid, mientras que Gebran Basil, yerno de Michel Aoun, le ha sucedido como líder del Movimiento Patriótico Libre. Y el Movimiento de Futuro es un partido con estructuras muy débiles, que ha quedado completamente bajo el liderazgo de la familia Hariri. Un caso diferenciado es el de Hezbollah, donde la figura carismática de Hassan Nasrallah posee el contrapeso de una estructura partidista fuerte que hasta ahora ha evitado esa tendencia al control familiar.

A esta consolidación del poder político hay que añadir su enorme poder económico, social y mediático. Las familias de los nuevos líderes libaneses o sus propios partidos poseen amplios intereses en las principales actividades económicas del país. Algunas de ellas son la herencia de la economía de guerra establecida durante el conflicto civil, mientras que otras se derivan de su posición privilegiada en el sistema político, que les permite utilizar en su propio beneficio la regulación de ciertas áreas de la economía o de las políticas públicas. Otro tanto ocurre con los medios de comunicación, dominados por los diferentes partidos y familias de notables, convirtiéndose en meros órganos de propaganda de cada grupo. El caso de la familia Hariri

---

<sup>5828</sup> Rola AL HUSSEINI: *Pax Syriana: Elite Politics in Post-war Lebanon*. Nueva York, Syracuse University Press, 2012, pp. 23-35.

<sup>5829</sup> Elizabeth PICARD: *The Demobilization of the Lebanese Militias*, Oxford, Center for Lebanese Studies, Dima DE CLERK: «ExMilitia Fighters in Post-War Lebanon», *Accord* 24, (2012), pp. 24-26: <https://www.c-r.org/accord-article/ex-militia-fighters-post-war-lebanon>.

constituye un buen ejemplo, al haber combinado la presencia de alguno de sus miembros en la Jefatura del Gobierno con el hecho de que su empresa constructora haya protagonizado buena parte de las obras públicas y proyectos inmobiliarios más destacados del país. Al mismo tiempo, su control de la cadena de televisión Al Mustaqbal le otorga una enorme influencia social entre la comunidad suní. Otro tanto cabe decir de la familia del dirigente de Amal, Nabih Berri, enormemente enriquecida gracias a su control de los fondos públicos destinados a la reconstrucción del Sur del país, y que son empleados en sostener su red clientelista. En otras palabras, los antiguos señores de la guerra surgidos de la guerra civil han sabido utilizar su poder para abrirse paso en el mundo de los negocios, pasando a convertirse en parte de la élite económica del país, con la que han desarrollado estrechos lazos<sup>5830</sup>.

Esta nueva clase dirigente no se ha mostrado especialmente eficaz a la hora de ejercer su acción de gobierno. Muy al contrario, la misma ha estado a menudo bloqueada por los intereses de esta clase política, incapaz a menudo de tomar las decisiones aparentemente más intrascendentes, debido a que las mismas afectan a sus ámbitos de poder. Esta inoperancia ha dejado su huella en la percepción de sus propios ciudadanos, muchos de los cuales han desafiado el control social de los principales partidos y se han manifestado de forma reiterada exigiendo una renovación de la élite política y el final del modelo confesional<sup>5831</sup>. De hecho, se ha producido el surgimiento de algunas candidaturas electorales que tenían como objetivo la derrota tanto de los *zuama* tradicionales como de los dirigentes surgidos de la guerra civil. Así, en las elecciones municipales de 2016 se puso en evidencia el respaldo a algunas de estas candidaturas de protesta<sup>5832</sup>. Sin embargo, en esas circunstancias en las que parecía surgir un desafío a la élite política, ésta fue capaz de alcanzar una serie de compromisos que permitieron la renovación de las instituciones y la adopción de un nuevo sistema electoral. Por tanto, ante una amenaza directa al control ejercido por estos grupos, su reacción ha sido la de buscar un compromiso que bloqueara esa amenaza. Y lo cierto es que los resultados de las elecciones parlamentarias de 2018 les dieron la razón, ya que fueron capaces de consolidar su posición política y de impedir la aparición de una nueva élite con un papel significativo en el sistema libanés<sup>5833</sup>.

En otras palabras, podemos decir que el nuevo liderazgo surgido de la guerra civil ha sabido mantenerse en la cúspide del poder casi treinta años después del final del conflicto, por lo que los efectos de éste fueron decisivos a la hora de cambiar la clase política existente. Ha sido capaz de preservar una parte de sus capacidades militares, además de su base clientelista surgida durante la guerra civil. Su papel sigue siendo clave en la prestación de numerosos servicios sociales, mientras que distintos sectores de la economía están en sus manos o en las de su clientela. Por último, poseen casi un monopolio de los medios de comunicación. Al mismo tiempo, siguen siendo capaces de crear entre la ciudadanía un clima de inseguridad y recelo entre los distintos grupos, mientras que por otra parte son lo suficientemente pragmáticos como para evitar que las pequeñas crisis acaecidas en estos años desemboquen en una confrontación generalizada. En otras palabras,

---

<sup>5830</sup> Elizabeth PICARD: *The Demobilization*, pp. 86-100. Ward VLOEBERGHES: «The Hariri Political Dynasty after the Arab Spring», *Mediterranean Politics*, 17, 2 (2012), pp. 241-248.

<sup>5831</sup> Javier LION BUSTILLO: «El Movimiento Anticonfesional libanés», 20 (2016), pp. 17-34.

<sup>5832</sup> La lista Beirut Madinati, compuesta por independientes opuestos al liderazgo tradicional, sólo fue derrotada mediante una lista conjunta de las dos grandes coaliciones del país, obteniendo un nada despreciable 40% del total de votos. Joey GEADAH, «The 2016 Municipal Elections: Lebanon's Lifeline for Democracy?», *Mediterranean Affairs*, 13 de julio de 2016: <http://mediterraneanaffairs.com/lebanese-municipal-elections-an-analysis-of-the-key/>.

<sup>5833</sup> Martin CHULOV: «Lebanon Election Likely to Reaffirm Status Quo in Country Riven by Dysfunction», *The Guardian*, 5 de mayo de 2018.



la nueva clase dirigente ha mezclado algunas de las características de los antiguos *zuama* con otras propias del populismo, siendo capaces además de evitar el surgimiento de una nueva élite que ponga en cuestión su liderazgo sobre sus respectivas comunidades. En este sentido, su éxito ha sido destacado en un entorno geográfico en el que la mayoría de los líderes han necesitado desde el inicio de la Primavera Árabe aplicar un fuerte nivel de coerción para sostenerse en el poder. En el caso libanés, la confrontación electoral abierta no ha renovado las élites dirigentes, sino que se percibe un electorado apegado a unos líderes en los que no confían demasiado pero que resultan previsibles en un entorno de inestabilidad e inseguridad.

## Conclusiones

La guerra civil aportó al Líbano, de acuerdo con las tesis de Weber, las circunstancias excepcionales que propiciaron el reemplazo de las élites dirigentes por otras surgidas del propio conflicto. Es cierto que algunos de esos nuevos actores ya habían alcanzado notoriedad al saber adaptarse a los cambios socioeconómicos acaecidos en el país. Pero estos cambios no habían destruido el poder de los *zuama*. Muy al contrario, el populismo chehabista fue incapaz de lograr la necesaria continuidad reformista, dándose a comienzos de los 70 un retorno a un gobierno en manos de la élite tradicional bajo la presidencia de Suleiman Franjieh.

Los *zuama*, a pesar de su carácter oligárquico, habían poseído en el pasado una notable capacidad de redistribución a través de sus redes clientelistas. Sin embargo, en los 70 esa capacidad se hallaba fuertemente debilitada debido a las circunstancias nacionales e internacionales, con un clima de inestabilidad y conflicto. El resultado de esta pérdida de control interno y de la influencia de actores exteriores fue la guerra, en la cual la posición de los *zuama* se vio mucho más debilitada por diversas razones. En primer lugar, su estilo de hacer política se centraba en la negociación y el compromiso (recordando a los *zorros* de Pareto), no en la movilización ni en la participación de las masas, lo que les privaba de las capacidades para desarrollar una política identitaria capaz de reclutar una milicia eficaz y decidida. En otras palabras, no eran los líderes carismáticos capaces de dirigir a sus comunidades en un entorno en el que la preocupación por la seguridad se había convertido en el factor dominante y en el que las acciones defensivas por parte de otras comunidades eran percibidas como una amenaza existencial bajo el prisma del dilema de la seguridad. Por último, esa misma falta de aptitud para liderar una guerra los convertía en líderes poco fiables para las potencias extranjeras (Israel, Siria, Estados Unidos...), las cuales dirimían sus conflictos en el escenario libanés, precisando de aliados competentes en el terreno militar.

Estos factores explican la decadencia de los políticos tradicionales (los *zorros* de Pareto) y su reemplazo por una nueva élite compuesta por líderes populistas (Beshir Gemayel, Musa al Sadr, Kamal Jumblatt, Hassan Nasrallah, Samir Geagea, Michel Aoun) dotados de un fuerte carisma y capaces de movilizar a las masas en su apoyo (es decir, los *leones* paretianos). Además, estos líderes pudieron dotarse de una base territorial, humana y financiera gracias a la división del país en cantones dominados por sus respectivas milicias, supliendo al Estado en sus funciones características, lo que legitimó su liderazgo y les dotó de los medios para asegurarse la lealtad y apoyo de sus comunidades. Y este mismo factor privó a los *zuama* (muchos de los cuales habían abandonado el país en favor de un exilio dorado en Europa) de su tradicional influencia social. Una vez concluido el conflicto era muy difícil retornar al *statu quo* anterior al mismo.

Con la conclusión de la guerra y la hegemonía siria, los *zuama* resultaron útiles en ocasiones para los planes de Damasco, centrados en impedir el surgimiento de un liderazgo que desafiara su poder, pero lo cierto es que tanto ellos como los antiguos señores de la guerra tuvieron que elegir entre la subordinación a Asad o su completa marginación, inclinándose en general por la primera. No fue hasta el cambio en las alianzas del Oriente Medio en 2000 (con Washington y Riad alineándose contra Siria) cuando algunos de los líderes libaneses aprovecharon esas circunstancias para distanciarse del líder sirio y crear una alternativa que logró la retirada de las fuerzas de ocupación y que permitió la celebración de elecciones en las que el pueblo libanés pudo expresar su voluntad, si bien en un clima de enorme desconfianza e inseguridad que se ha mantenido desde entonces.

El resultado de esas elecciones ratificó la primacía de los antiguos señores de la guerra frente a los *zuama* tradicionales, que quedaron reducidos a posiciones marginales. Esta tendencia demostraba en primer lugar los efectos estructurales de la guerra civil, la cual había trastocado las redes clientelistas existentes en el pasado, siendo reemplazadas por otras nuevas surgidas del propio conflicto. Pero también indicaba que, en un clima de inseguridad y temor como el que continúa prevaleciendo en el país, ese liderazgo surgido del conflicto sigue estando dotado de una fuerte legitimidad para dirigir a las respectivas comunidades. En definitiva, a pesar de ser percibidos como una élite corrupta y oligárquica, muchos libaneses siguen viendo en ella un mal menor que al menos garantiza la provisión de cierto nivel de seguridad básico en un entorno nacional e internacional de gran volatilidad y amenazas.